

PRÓLOGO

SEÑERO MAGISTERIO

En mi pequeña biografía intelectual hay una fecha marcada con piedra blanca y que posteriormente se me ha venido revelando como un hito decisivo de mi particular visión del mundo e incluso de mi propio desarrollo moral.

Apenas cumplidos mis trece años -¡y hace ya cuatro décadas de ello!- el autor de este **Diccionario Español-Griego-Latín**, por afortunado designio de los dioses, entró en mi nebulosa adolescencia desnortada para, como profesor particular, abrirme pedagógicamente los secretos de la lengua latina y, con posterioridad, los de la griega.

Aquel arduo y extraordinario bachillerato de los cincuenta y sesenta, que sentara las bases de mis actuales saberes y cuyos conocimientos aún me alimentan, bajo el magisterio exigente y sistemático de Francisco López Pozo, se reveló para mí como fuente de iniciaciones luminosas.

Lo que primero hizo aquel remoto y siempre permanente maestro fue, con su propia pasión y su rigor didáctico, apasionarme por la cultura latina; dos años después, y bajo un aún mayor deslumbramiento, por la lengua y la cultura de los griegos, esa hermosa y radiante primavera de la humanidad que no pueda dejar indiferente a nadie que con cierta dosis de lucidez sostenga una pluma en la mano.

Luego, al aventurarme por mis manuales de Literatura o al adentrarme en la vida de ciertos grandes escritores apasionados por la Antigüedad y por la tradición clásica, al sorprender el asombro del joven Keats ante la traducción inglesa del Homero de Chapman, o ante su gloriosa revelación de la belleza griega personificada en los mármoles de Elgin; o bien al descubrir las apasionantes vigiliass estudiosas de Du Bellay y Ronsard en el Colegio de Coqueret de aquel París renacentista, bajo el docto magisterio de Dorat -pasión que les llevara a turnarse en el estudio hasta las dos o las tres de la mañana en aquellos fríos inviernos de Lutecia, a fin de aprovechar el asiento recalentado por el amigo, traduciendo a Píndaro o a Anacreón-, y gracias a esa apasionada iniciación en el legado clásico que me brindara aquel maestro, a mí en modo alguno llegaban ni a extrañarme tales exaltaciones por las letras de la Antigüedad, sino a verlas como muy superiores pero también muy afines sentires a los míos.

Y no es que estemos tratando de brillantes pero lejanos

prestigios del pasado, pues no es cierto que hoy día las lenguas griega y latina sean lenguas que hayan dejado de latir. Repitámoslo, por si aún muchos no se han dado cuenta: ni el griego ni el latín son lenguas muertas. Son lenguas que hoy hablamos cotidianamente, sin darnos cuenta de ello, como el Monsieur Jourdan, de Molière, hablaba en prosa sin saberlo, tan anquilosados y mezquinos han llegado hoy en día a ser nuestros saberes, en esta hora de tutelada cultura tecnológica.

Sí, aún hoy seguimos hablando y reiterando las viejas lenguas de Esquilo y de Platón, de Virgilio y de Séneca, a la vez que creando ciencia y belleza porque esas lenguas primordiales nos lo permiten, y generosamente permiten que podamos dar nombre a los nuevos descubrimientos y adelantos de nuestra absorbente cultura tecnocientífica con aquellos viejos, fecundos y siempre frescos términos que inútilmente nos obstinamos en ignorar.

Todos los pasados y actuales procesos de composición de nuevas palabras en cualquier lengua occidental vienen de esa radiante pureza juvenil, de esa pletórica primavera de la humanidad y la inteligencia que fue Gracia y su cultura. Y los latinos bien pronto que se dieron cuenta de ello.

Y si de las ciencias aplicadas de hoy retrocedemos a la gran tradición literaria europea, esa presencia de las lenguas clásicas y de sus procedimientos es sencillamente medular.

No sólo Juan de Mena y Góngora enriquecen la lengua de Castilla con sus aportaciones, sus cultismos, hibérbatos y construcciones clásicas, recibiendo por ello no escasas reprobaciones y desdenes, como todos sabemos.

El rígido Nicolas Boileau reprochará también a Pierre de Ronsard, que enriquece e ilustra la lengua francesa hasta extremos excelsos, en su Renacimiento, "pretender escifibir griego y latín en francés". Y a fe, a Dios gracias, que no le faltaba del todo razón, Véase, a título de ejemplo, este mero alejandrino de su "Himno del Verano", extenso poema en el que podemos leer versos como éste:

Père alme, nourricier, donne-blé, donne-vin

(Almo Padre nutricio, fructífero y vinífero),

y en el que Ronsard intenta la recreación, en lengua gala, de términos compuestos a la manera helénica, y que nosotros en nuestra versión hemos intentado adaptar de igual modo al castellano.

O este compuesto, también típicamente helénico, referido a Dionisos, el nacido del muslo de Zeus, en su "Himno a Baco":

J'ay perdu, Cuisse-né, mon vagabond courage,

y que podría traducirse por **Femorígena** o **Musligénito**; naturalmente si se sabe un poco de latín o algo de griego, porque probablemente no venga en ningún programa de ordenador.

Y como en todas partes cuecen habas, algo semejante ocurrió con el gran John Milton, quien tuvo que sufrir hasta siglos después, las reticencias críticas de Ezra Pound y T.S.Eliot, quienes le censuraron de "utilizar la sintaxis como si fuera la latina, así como de emplear una lengua con transposiciones y construcciones alejadas de las normas inglesas", al tiempo que Eliot le reprochaba también el "haber influido de mala manera sobre la poesía inglesa, alejándola del lenguaje usual, e imponiéndole una jerga momificada y cristalizada."

Para perfilar del todo tales acusaciones, recordemos que Milton, y sobre una lengua de estirpe anglosajona, que no romance, opera un enriquecimiento sintáctico, temático, verbal y musical, análogo, o quizá superior, al que obra Góngora sobre la española, ya que se trata de una lengua de partida totalmente al margen de las lenguas románicas, que, a su vez, queda ferazmente latinizada o helenizada por el genio de Milton.

Pero ¿se saben hoy las grandes potencialidades expresivas de estas lenguas clásicas?, lenguas madres, lenguas constitutivamente fecundantes y conformadoras, lenguas particularmente instructoras y docentes, gracias a las que vivimos, y que nos han venido configurando tal como realmente somos desde hace más de veinticinco siglos, por ese profundo sentido pedagógico o iluminador de ambas culturas.

Y recordemos al respecto de la fertilidad de lo clásico con Ramón Pérez de Ayala, en su **Viaje entretenido al país del ocio**, que no es otro que la Grecia antigua, que "todas las palabras atañedoras a la enseñanza en general: escuela, pedagogía, magisterio, educación, instrucción, cursos, estudios, etc., etc., son de origen griego o latino. Y así, los occidentales, incluso germanos y anglosajones, cuando quiera que nos referimos a cosas de la enseñanza estamos hablando en griego y latín", aunque no tengamos conciencia de ello. Y ahora menos que nunca.

Pero lo que no todos saben, o acaso lo hayan olvidado, es que "escuela", en griego FP@80 , también significa ocio. Como nos recuerda el ilustre humanista asturiano, "los latinos adoptaron ese mismo vocablo, en idéntico sentido". Y haciendo referencia al título de su bello periplo espiritual por la Grecia clásica, "decir, pues, vamos al país del ocio, es sinónimo de vamos a la escuela. Y así como para que Y el trabajo sea feraz, como el de la tierra, de donde procede toda vida, hacen falta etapas de reposo, no de otra suerte el hombre para el trabajo útil necesita, de

tiempo en tiempo, volver al ocio, aprendizaje y disciplina de la escuela, manadero de las ideas madres". Y no hay mejor escuela que aquella primigenia griega fundadora y aquella lengua única que supo darle nombre, sobre aquel suelo primordial de Grecia.

A la luz de todo lo hasta aquí expuesto, ¿podría venir, acaso, "humanismo", de "humus", del suelo fértil de la tierra que nos alimenta y de la que el mismo Anteo recobraba su fuerza?

De todos modos profundizar en el valor y el sentido de las palabras, al tiempo que en las raíces de nuestra propia lengua española, vástago y heredera, por fortuna, de las dos clásicas mediterráneas, es hacerlo también en las propias raíces del conocimiento y de la vida: un extraordinario aprendizaje, pues esa lengua, la griega, se explica no sólo a sí misma sino que explica toda la vida de un pueblo y su cultura, iluminando o completando la historia propiamente dicha.

Pero hoy día, el griego y el latín prácticamente han desaparecido de nuestro sistema docente; ¿qué suerte de enseñanza será ésta a la postre?

Y desde este lamentable estadio de postración académica, nuestra nostalgia, en los prepotentes y soberbios pórticos tecnocráticos del segundo milenio, vuela a aquel jubiloso alborar de la humanidad, en el que la "paideia" se constituía en una serie de principios educación intelectual, moral, cívica, estética, alternados con el tonificante ejercicio del cuerpo, dentro de un desarrollo integral de la persona, con la finalidad de forjar un ser armónico y vigoroso de espíritu y de cuerpo sobre la base de la virtud o de la justicia. Cuando el verbo enseñar se conjugaba como *@ÉT, es decir: no adoctrinar, sino suministrar las normas para poder forjarse una *ó>", es decir, una opinión propia, a la luz de la de los maestros. Suma lección de libertad y de humanismo y de verdadera conformación integral humana a un tiempo.

Así, no de otra manera, no desde Babilonia, Asiria o Israel, se pudo empezar a fundar realmente el mundo. Y sobre estos cimientos nos movemos. Y en esa lengua milagrosa comenzó ese mundo a ser nombrado, y nosotros lo nombramos todavía en sus mejores y más altas realizaciones.

Como tantos que debieran saberlo desconocen, los griegos -un pueblo tan pequeño y asentado sobre un muy accidentado y escueto territorio, y por un raro milagro antropológico, el milagro griego-, elaboraron una lengua y un vocabulario de suma complejidad y riqueza -pobres por su tierra, ricos por su lengua y por su inteligencia-, a la vez que un casi inagotable y flexible método de acuñar nuevos vocablos para expresar nuevas ideas a

partir de las viejas.

Los helenos tenían una palabra para todo -abstracto o concreto- que integrara su mundo tanto físico como espiritual. Y gracias a esa riqueza y flexibilidad de su lengua -expresión de la excelsa inteligencia de un pueblo- pudieron crear una literatura, una ciencia y una filosofía de tan indeclinable permanencia y generadoras de tantas nuevas conquistas y horizontes del espíritu humano. Y esa lengua extraordinaria - que hoy día nos obstinamos bárbaramente en ignorar tanto en nuestros planes de estudios como en el conjunto de nuestra vida intelectual- es lo subyace al fondo de ese portentoso milagro griego, como su fundamento motriz originario, constituyendo una inagotable riqueza de cuyas rentas aún vivimos.

"En efecto -como bien se encarga de divulgar el polígrafo científico Isaac Asinov-, aún decimos comúnmente "los griegos tienen una palabra para eso", lo cual significa sencillamente que, cualquier nueva idea que se nos ocurra, siempre podremos hallar una palabra o frase en la lengua griega para expresarla".

Pues, como todos sabemos, el vocabulario científico moderno ha tomado muchísimas voces del griego para expresar términos y nociones que ningún heleno de la Antigüedad oyó jamás, aunque otras las anticiparan genialmente. Y hay algo evidente para cualquier mediano conocedor de algunas lenguas: comparadas con la complejidad, riqueza, precisión, propiedad, flexibilidad y concisión de la lengua griega -la lengua de la filosofía y la belleza-, otras lenguas nos parecen habitualmente primarias, marginales, defectuosas y torpes. Pues bien, de esa riqueza y precisión da buena muestra, comparativamente, este extraordinario y pertinente Diccionario que hoy tenemos en las manos. Veamos, pues, de esa lengua a modo de ejemplo algunas de esas características y propiedades, de las que este libro nos ofrece un casi infinito muestrario:

La lengua griega era riquísimamente variada, como demuestra con sus vocablos destinados a expresar gestos, conductas y actividades humanas que en el resto de los idiomas que hoy se hablan necesitan de un circunloquio, incluso si los comparamos con la misma lengua latina.

Vg.- ἀνδράγατος (supercillia attollo) requiere del español este rodeo: "levantar el sobrecejo en señal de orgullo".

Con el verbo ἀποπέμπω los griegos solían encargarse algo al moribundo para que lo cumpliera en la otra vida. El latín exige una larga frase: "moriens ad mandatum aliquid obtestari."

Prometer sin ánimo de dar se expresaba con el verbo *TF, íT (una variante de *í*Τμ4; en latín: daturus sum nec unquam do".

El hablar repitiendo palabras, *4JJ@8@(éT, se traduce en latín por "in dicendo vocem revoco".

A su vez, el presente Diccionario -no mero libro de consulta sino de lectura, y apasionante en ocasiones- nos habla mucho y muy bien de todos los matices de la vida de este pueblo, para cada uno de los cuales, naturalmente, había una palabra que lo designara. Así, a través de este libro podemos recrear un complejo mundo de usos y costumbres, de gran refinamiento, y expresión de la admirable civilización de los atenienses, que apenas si recogen los manuales de la historia. Por ejemplo: FP4<í.@μ" 4 quiere decir que "uso mondadientes para la higiene de la boca después de cada comida." ("Dentiscalpium" sería en latín el equivalente al término español "mondadientes").

Otras veces nos sorprende la intensa capacidad o potencialidad poética de ciertos vocablos, cuyo sólo enunciado supone un poema entero. Así P, 84*@<í.T significaba: "pido de puerta en puerta cantándote para que regresen las golondrinas", extraordinariamente poético a nuestro juicio, y contrapuesto al cristiano "una limosnita por el amor de Dios": anuncio festivo de la primavera, para los griegos; teología barata para el ulcerado cristiano.

De cuánto hoy podría servirnos esta ilustre lengua generosa, si realmente la conociéramos, para el enriquecimiento del español mediante la introducción de prestigiosos y eufónicos neologismos como hicieran los Góngoras en su tiempo, y aún más en esta hora en que nuestro idioma languidece, anquilosado y empobrecido, bajo la deplorable chatarra expresiva que invade hoy las televisiones, las radios, las mesas redondas vecinales y hasta los mismos parlamentos. en los que sólo se oyen muletillas y frases hechas como "reto", "a nivel de", etc., etc. Así, por ejemplo, y permitiéndonos un pequeño y nuevo juego lingüístico: un **falarismo** insufrible podría valer para alternarlo con una tiranía insufrible (Falaris aterró a su pueblo con su famoso toro de bronce). **Sodalicio** alternaría con amistoso; **oftálmico** se aplicaría al que tiene los ojos saltones, pues tal es lo que significa en griego; **episi-tear** vendría a expresar la idea de que se trabaja casi por el sustento; un **eritema** sería un colorete para embellecer las mejillas de la mujer; **eleuteropaidía** podría utilizarse para resaltar la educación de los hijos en la libertad. Antiguos y a la vez nuevos términos que en una primera impresión podría hasta chocarnos, pero que una vez conocido su verdadero sentido serían más prestigiosos y sonoros que tantos anglicismos sin ton ni son, tan gratuitos y ajenos al verdadero espíritu de nuestra lengua.

Y de todos modos, ¡qué fuente de iluminación y de riqueza para cualquier filólogo! Y cuánta belleza en el prodigioso acervo lingüístico que nos ofrece hoy este Diccionario, este rico y deslumbrante "tesoro griego", infinitamente superior al que Schlieman rescatara de entre las ruinas de los muros de Troya. Y qué hermosa manera de ahondar en el ennoblecimiento de la persona, puesto que para los griegos la bondad, la justicia y la belleza eran términos casi sinónimos; de ahí la plenitud estética y moral de su civilización. Y qué ejemplo para esta época que tan encarnizadamente los niega, época presidida por esa "impura fealdad que habíase ya constituído como reina del mundo", según el poeta Leconte de L'isle, uno de los más eximios traductores de Homero, ya a finales del siglo pasado. ("L'impure laideur est la reine du monde", como denunció este sabio parnasiano, heredero del sillón de Víctor Hugo en la Academia).

Y otro poeta francés, poeta en prosa (Francia siempre continuadora del legado clásico, y eso se nota en su cultura), Albert Camus, ilustrado desde su Argelia mediterránea por el mismo sol de Grecia, vendría también a lamentarse de la mezquina sordidez estética de estos tiempos, enfrentándolos a la armoniosa plenitud helénica:

"Nuestra razón ha hecho el vacío a nuestro alrededor, de suerte que venimos a resolver nuestro imperio en un desierto. ¿Qué lugar hay, pues, en nuestro espíritu para aquel equilibrio superior en el que la Naturaleza balanceaba la historia, la belleza, el bien, y en el que intervendría la música de los números hasta en la tragedia de la sangre? Ahora volvemos nuestras espaldas a la Naturaleza; nos avergonzamos de la belleza. Nuestras miserables tragedias exhalan olor a oficina y la sangre que chorrea tiene color de tinta grasienta". Y prosigue Camus en "El destierro de Helena". de **El verano**:

"Hemos desterrado a la belleza. Los griegos en cambio tomaron las armas por ella. Primera diferencia, pero que viene de lejos. El pensamiento griego se afirmó siempre en la idea de límite. Nunca abusó de nada, ni de lo sagrado ni de la razón, porque nunca negó nada, ni lo sagrado ni la razón. El pensamiento griego lo admitió todo, equilibrando las sombras con la luz. Por el contrario, nuestra Europa, lanzada a la conquista de la totalidad, es hija de la desmesura. Ella niega la belleza, así como niega todo lo que no la exalte. Y, aunque de modo diferente, no la exalta ya sino una cosa: el imperio futuro de la razón"

Pero a pesar de esta época de hierro y de chatarra que hoy parece abrumarnos, siempre hubo y hay, incluso en esta misma ciudad de Córdoba en la que, y sin intención alguna de lucro, y por su autor, se edita este Diccionario, siempre hubo espíritus

sutiles y sensibles, de mediterránea y clásica lucidez y sabiduría

Así el poeta Ricardo Molina -entusiasta humanista-, desde la conciencia y el rechazo de la sórdida postración intelectual y moral de la Córdoba de la postguerra, desde la miseria ética y cultural de unos tiempos de penitencia, si no realmente encadenados, eleva su alada visión lírica a la añoranza sabia y a la evocación de un tiempo y una cultura superiores y más nobles y más libres, con la misma nostalgia, clásica y romántica a la vez, de un Hölderlin o un Keats. E incluso se recrea y demora complacidamente con la potencia expresiva y la prestigiosa fonética evocadora de los magnos topónimos helenos, con esa capacidad poética que entraña la lengua griega y su rico ámbito de asiociaciones:

No, yo debí nacer en las islas de mármol
cuyas playas doradas baña el Mediterráneo,
en la sombrasa Lesbos o en la bárbara Zante,
en la asiática Chipre, en la dorada Hiblea
o tal vez en Atenas cuya jónica frente
coronaban las musas con oscuras violetas.

Y Edgar Allan Poe, entre otros, en su poema **A Helena**, nos había hablado con desarraigada nostalgia de "aquella gloria que fue Grecia y de aquella grandeza que fue Roma", y que en este vasto Diccionario se dan hoy, en español, las manos. Pues sí, es verdad; no se trata de una mera ilusión romántica: "Todos somos griegos" como reconoce Shelley, aunque "griegos en el exilio", como apostillara Borges.

Y ahora más en el exilio que nunca, cuando de la educación y formación de los jóvenes se les arranca esta maravillosa herramienta del pensamiento y esta infinita fuente de placer y sabiduría, para convertirnos a todos en gregarios ejércitos tecnificados, obedientes como autómatas sin discernimiento ni seso, a la dictadura empobrecedora y ramplona de tantos artilugios uniformadores, enemigos del pensamiento y la belleza.

Por ello, y en estos tiempos, una obra así, un Diccionario como éste puede ser un tesoro, un hermoso depósito de reflexiones y consultas, una iluminación de nuestro azacaneado mundo de hoy a la luz de las palabras y de los conceptos de otra época ejemplar y más noble, y de la que aún vivimos, o vive la mejor parte de nosotros.

No soy ningún especialista en la materia, tan sólo un entusiasta aficionado a las humanidades y a los imprescriptibles valores de la tradición clásica, como se habrá podido traslucir de estas páginas preliminares, pero me atrevería a aseverar que nos hallamos ante una obra única y ante un extraordinario esfuerzo

intelectual poco frecuente en estos tiempos de pensamiento débil y enteco, ante una labor exclusivamente individual, que no de equipo -de gran calado y sistemático rigor-, fruto tanto de una apasionada vocación como de una acrisolada formación en las dos grandes lenguas clásicas y en la nuestra española.

CARLOS CLEMENTSON
Universidad de Córdoba